

Aproximaciones Literarias literari

Andante con Aguilera Garramuño

Joaquín Peña Gutiérrez

Docente

Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

.....
Yo no sé, oye. Cuando yo escribo, no hago un croquis que después vaya llenando de valles, cordilleras, ríos, desiertos. Mi método es escribir mucho. Dejo reposar el material. Bastante tiempo. Depende. Y vuelvo a escribir hasta quedar satisfecho. Nunca pienso cuál va a ser la estructura ni qué tratamiento se le va a dar al tiempo. Nada.
.....

Escribir: más que una larga paciencia

Mi primera experiencia erótica debió ser muy pero muy temprano en mi vida. No la tengo presente. Pero recuerdo siempre un paisaje de árboles y agua. Tal vez ocurrió por los lados de Suba, donde mi padre tenía un castillo. Porque mis padres tenían dinero, ¿eh? Y a los hijos, nacidos en Bogotá. Mi madre era argentina; de ahí ese segundo apellido mío de tanta presencia. Por su profesión, era un médico muy eminente, como se dice, viajó al sur. Se encontró con esa mujer hermosa que es mi madre, porque mi madre es muy hermosa, ¿eh?, y regresaron juntos. En la Bogotá de entonces, la sociedad declaró su solidaridad con aquella otra Eduviges que, como en el caso de Juan Preciado, bien pudo haber sido mi madre. Empezaron negándole la entrada al Country Club. Y terminaron... Bueno, creo que no

han terminado. Pero no era de mis padres que te estaba platicando. Oye, ¿de qué era que platicábamos?

Marco Tulio Aguilera Garramuño extiende, en un pequeño golpe, sus manos inmensas sobre la baranda, quita sus ojos de la corriente oscura, compacta, silenciosa del río y también me pregunta con la mirada. De qué era que platicábamos, ¿eh? Llevamos tres días departiendo; repartiéndonos. Además, muy recientemente he leído sus novelas *Breve historia de todas las cosas*, *Paraísos hostiles*, *Mujeres amadas*, *El juego de las seducciones* y *Los placeres perdidos*. He releído sus libros de cuentos *Alquimia popular* y *Cuentos para después de hacer el amor*. Y he recordado sus críticas y páginas autobiográficas publicadas hace más de 15 años. No recuerdo, seguramente no lo leí, su primer cuento publicado premonitoriamente en el *Magazín Dominical* de El

Espectador. Esto ocurrió a los pocos días de que el destino apersonado en un muchacho de igual resistencia física que la suya, pero de mayor velocidad, le impuso una decisión. Ya no sería atleta.

Voy a ser escritor, me dije cuando el muy cabrón, que había estado durante 4.600 metros detrás de mí, me adelantó en los últimos 400 con una facilidad muy tremenda. Yo había venido entrenando según un plan que me hice yo mismo. Cada amanecer corría 5 kilómetros más que el día anterior. Así llegué a recorrer 40 diarios. Desarrollé una resistencia que ni para qué. Imagínate a un organismo con la energía para destrozar tamaña distancia. Yo me sentía a tiro de explotar. Y comía, oye. ¿Si te has dado cuenta que siempre pido un plato de más? He sido muy tragalón. Bueno, me sentía listo y con el suficiente amor patriótico respaldando aquella explosión retenida de energía. Y viene ese cabrón que te contaba y me pasa sin que yo lo vea y me gana la eliminatoria. Pues me quedé con las ganas de representar a mi país en la pista atlética del Pascual Guerrero en los Juegos Panamericanos. La patria quedó con un atleta menos, pero el mundo ganó, no un escritor más, sino un escritor muy importante. Muy bueno. En aquel momento, decidí de una vez. Me retiro. Y me retiré. Al otro día y al segundo día, el cuerpo se quedó esperando sus ración de kilómetros. Yo no hacía más que leer. Leía muchísimo, oye. Yo siempre he leído muchísimo. Y no dormía. No podía dormir. Leía más y más y no era posible cansar la máquina insaciable de mi cuerpo. Voy a escribir. Voy a ser escritor, me dije. Y agarré y escribí un cuento y lo mandé a El Espectador. Entonces llegó el tiempo de la impaciencia; de la espera. Y ya estaba entrando en el tiempo de la desilusión. Aunque yo, la verdad, nunca nunca me he desilusionado. Siempre he creído mucho en mí. A veces más de... Una vez, mientras esperaba el comienzo de una película, alguien miraba el suplemento en el puesto de

adelante. ¡Y qué veo, ¿oye?! El nombre del cuento, que ya no recuerdo, y el nombre de este tipazo. Qué susto que debió llevarse el señor. Yo, semejante hombrón, me le avalancé, le rapé el periódico y le dije, Marco Tulio Aguilera Garramuño soy yo. El autor de este cuento. Ya entonces debió calmarse un poco, ¿eh?

El puente sigue quieto, detenido sobre el agua, permanente en el anochecer. Expone ante los dos hombres recostados en la baranda una vibración compacta y familiar. Los vehículos transitan en un ensimismamiento veloz. Abajo fluye el agua tercamente heraclitiana. No se queja de su incansable eternidad. No habla. Yo, al menos, no escucho la voz del Magdalena. Se me hace extraño porque sé que los ríos hablan. Tal vez si Neiva se detuviera. Si Neiva suspendiera la respiración medio minuto, podríamos escuchar la voz del agua. Pero es difícil poner de acuerdo en el silencio a una ciudad. Miramos entrar espadaños negros en los últimos cristales movedizos. Un relámpago. Recuerdo. El viernes 13, salíamos iluminados con la palabra de Manuel Mejía Vallejo quien, muy estoico, había soportado durante dos días bien calibrados, otro homenaje a raíz de su distinción continental con el Premio Rómulo Gallegos. Isaías Peña Gutiérrez, Garramuño y yo atravesábamos el parque. Marco Tulio no dejaba de contemplar *Los placeres perdidos*. Desde la madrugada del jueves, cuando Edgar Sandino le entregó un ejemplar, no había dejado de contemplar el libro con los ojos y con las manos. Como una adoración. A pesar de ser este su séptimo libro de ficción publicado, daba la impresión de contemplar una maravilla que lo hacía crecer más y más hacia las alturas del asombro. (Cabe esta otra posibilidad: sólo buscaba errores de edición). Se le veía muy contento aunque no estuviera del todo de acuerdo con la muchacha desvanecida y púdica de la carátula. Isaías hizo un pequeño descubrimiento. Con el sol de medio día la muchacha se vivificaba, se

animaba, los colores le temblaban, fuertes y definidos, desde adentro de la carne. Verdad, oye. No se ve mal, ¿eh?, dijo Garra. Y miró su nombre enladrillado dominando todo el libro desde la parte superior y nos comentó qué casualidad lo había llevado a ser escritor. El papá había mandado a empastar un libro y le hizo grabar el Marco Tulio Aguilera Camacho. El niño miró aquel libro y miró aquel hombre y pensó que tenía un padre grande y famoso. Ha escrito semejante libro. Yo también voy a ser escritor como él, pero escribiré libros más grandes y seré más famoso. Cómo les parece, ¿eh?, nos dice Marco Tulio y nos mira totalmente serio. Casi ingenuamente serio. Y agrega: Yo me he hecho a punta de desafíos. ¿Se imaginan cuando me di cuenta de que mi padre no había escrito ningún libro? Pues les cuento. No sucedió nada. Para entonces ya había formulado el desafío a Homero, a un tal Cervantes, a Rabelais, a Proust, a García Márquez. Qué les parece, ¿eh?

En el comedor, mientras esperábamos que la parsimonia opita en la cocina se resolviera en un almuerzo totalmente pasajero y no eterno como parecía, Garra supo callarse y escuchar. El Maestro Mejía Vallejo ejercía su virtud. Contaba. Figurate, hombre —dice el Maestro dirigiéndose a un «te», a un «hombre», que no es ninguno de los que estamos en la mesa. O somos todos. Y somos más que todos. Parece dirigirse a un «te», a un «hombre» que alcanza a todo el mundo humano. Aunque dudé si los maestros hablan ecuménicamente o hablan sólo para ellos. Y al hablar así, consigo y para sí, esa abstracción, ese como descuido en el que mantienen a los demás, en los que insisten y terminan por dominar, dan la impresión de estar dirigiéndose al universo—. Oí. Hay personas que confunden los sueños con la realidad. Así le sucedió a mi hija. En una ocasión vino a mí, se me trepó y me dijo entre el llanto, oí, tenés que castigar a Pablo Mateo. Figurate que cogió un palo y ha tumbado todas las estrellas

del cielo. No dejó ni una buenecita. El Maestro sigue el relato pero yo no lo escucho más. No puedo. Tengo que detenerme a recibir y asimilar una fruta de ternura que se ha escurrido en el estómago y me lo estremece y aclara. Garra, muy serio, mira al Maestro. En silencio. Garra escucha.

El desafío permanente

También a mis hijos les quito de las manos la basura para que no la tiren y se tiren el desequilibrio ecológico —le digo a Garra con muy poca elegancia cuando él evita que yo lance un pedazo de porquería a la oscuridad, ahora total pero muy lejanamente conversadora del Magdalena. Me sorprendí de lo que a la ligera llamé un escrúpulo poco entendible. Me sorprendí de encontrarme con un hombre que se atreve, en la inmensidad humana del mundo, a realizar los ideales, a enfrentar «la difícil tarea de ser él mismo», a ejecutar los sueños encima de un río que apenas unos kilómetros más abajo huele a mierda y en un puente que nos cubre de tierra y hojas y cáscaras al paso de los carros.

Oye, ¿pero de qué era que estábamos platicando? Ah, hubo un momento en que mis padres me encerraron durante un año. Estuve en plan de curación. Fue más bien que yo no quería salir. Después vino esa época de la Universidad del Valle, que ya te conté y que está en *Los placeres perdidos*. Claro que ahí está una parte no más porque no podía meter todo lo que viví y conocí. Pero está casi todo. Y cambiado. Trato de cambiar los sitios, las personas,... porque, tú sabes. Mira que aún cambiando las cosas, he tenido problemas. Ahora que me vine de Jalapa, quedó formado un problemón que espero me reciban cuando vuelva. La sociedad de Jalapa está que me echa. Hay graffitis en las paredes: Aguilera Garramuño, depravado. Fuera Garramuño de Jalapa. Estoy publicando una novela por entregas. Estoy consiguiendo ahí algún dinero. *El diario de un frenético*. Por más que los escondí, la gente ha descubierto a los

personajes. Y verá. Se ha formado el gran escándalo. Me quieren sacar, oye. Después de catorce años. Imagínate. Me tocó recurrir al padre. Hablé con Gabo y con Gabo, tú sabes, se arregla todo. ¡Todo! Él es milagroso. *Los placeres perdidos...* Allí está Cali. San Isidro de El General queda lejísimos, oye. De San José de Costa Rica se viaja en carro. Allí fui a dar con mi madre. Y yo trabajé un tiempo como maestro en un sitio mucho más lejano. Se llegaba en bestia o caminando. Fue muy rica la experiencia en Costa Rica. Imagínate. Hasta corrí con Víctor Mora. Qué loco que he sido. Me dejó. Me sacó no sé cuántas vueltas pero me le medí a esa otra gloria Nacional. Y Mundial. Mucho loco, oye.

Tus novelas y tus cuentos se segmentan y entrecruzan igual que los recuerdos. Igual que los recuerdos en la noche. En esta noche. Uno no ve nada. Ya no te veo la cara ni la boca cuando hablas. Sólo me llegan las palabras. La Rochelle dice que el escritor hace el oficio del enterrador. Sólo se puede escribir sobre la muerte. Tú escribes sobre el pasado (hasta los escritores de ciencia ficción narran como pasado un futuro que aún no es realidad). Aunque La Rochelle tenga razón, pienso que la escritura es también un desafío a la muerte; un intento de restablecer el pasado limpio de las reiteraciones y de las insustancialidades del tiempo cotidiano en un presente permanente. Digo y no sé cuál es su gesto pero se lo adivino. Cada vez que piensa, cada vez que busca en la cabeza, lo repite. El martes anterior, durante una charla que dio en la Universidad Central, en Bogotá, lo hizo notar. Sube su inmensa mano hasta la cabeza y se peina y se soba el cuello con el grueso tallo de los dedos.

Yo no sé, oye. Cuando yo escribo, no hago un croquis que después vaya llenando de valles, cordilleras, ríos, desiertos. Mi método es escribir mucho. Dejo reposar el material. Bastante tiempo. Depende. Y vuelvo a escribir hasta quedar satisfecho. Nunca pienso cuál va

a ser la estructura ni qué tratamiento se le va a dar al tiempo. Nada.

A Garra lo tienen sin cuidado mis palabras. Yo insisto. En todas las novelas hay una tendencia a hacer desaparecer el tiempo. Es indudable que no se trata del tiempo de la eternidad de Pedro Páramo; del tiempo mítico de las sociedades que no cambian; ni del tiempo despedazado de las sociedades que cambian mucho. Es que al romperse totalmente la linealidad de la acción o la posibilidad de armar esa linealidad, el tiempo se convierte en un imposible. Y hasta en un innecesario. Las secuencias 'lineales' más extensas en algunas obras tuyas no sobrepasan las tres páginas y en *Los placeres perdidos*, la última, no alcanza la página. O sea que el mosaico es algo realmente respetable y, tal vez, a ti como creador te ha dado un buen trabajo. Sin embargo, la historia no se lesiona. Ese lector urbano que se ha nutrido de *La casa verde*, de la televisión, del cine, arma o rearma el conjunto con facilidad y con agrado -por lo menos sin molestia-. Ahora, es posible que nuestro lector perezoso, moderno, no vaca, el que no rumia, al decir de Nietzsche, no lo arme y se quede con cada secuencia, que es como un minicuento muy sabroso. Dejo pasar un pequeño silencio que me sabe a herrumbre en alguna parte de mí distinta de la boca. Garra no lo agarra; no lo aprovecha. Me está dejando a mí solo con la carga de las palabras y con la carga del silencio. Lo busco, lo intuyo en la oscuridad y no me puedo imaginar la mano peinando el pelo negro, tupido; sus dedos gruesos sobándole el cuello. Garra debe estar esculcando la noche abierta del Valle de las Tristezas. Y lo felicito. Grave cosa sería viajar desde México a desperdiciar el reencuentro con el país hablando de literatura. Al comenzar la tarde, el sol dejaba su transparencia móvil sobre las aguas de la laguna El Juncal. Ni una garza. Antes sí, cuando íbamos con Marco Tulio Polo al volante de su coche, al comando del 'equipo' que sacaba

.....
Miro en Garramuño a uno de aquellos personajes,
 grandes y seguros, a quienes ya no les interesan las
 preguntas. Hablan de lo que les da la gana. Imponen la
 carga, 'el discurso', de su grandeza.

con mucho ánimo bambucos viejos. Esa canción la recuerdo. Esa no. Esa..., decía Garra mirando con los ojos muy hundidos en la cara paisajes lejanos de su memoria. No el paisaje de la llanura neivana; no el «de verde color»; no el de color seco de los arrozales muertos donde unas pocas garzas desentendidas del mundo buscaban granos. Sentado sobre la camisa en la baranda del muelle, pidió una foto pero bien buena. Que salga mi portentosa musculatura. A ver guardamos esta insinuación de barriga. Verá. Es que no tengo fotos buenas para poner en mis libros. Ahora voy a necesitar porque viene el lanzamiento de 25 novelas que tengo listas. Esta vez, al final sonrió con un poco de malicia y quedó serio apuntando con su decidida mandíbula vanguardista las amables aguas de El Juncal. Se me atravesó otro relámpago, entre los disparos que le hacía con la cámara. La noche anterior, en el acto de entrega de su novela en la Universidad Surcolombiana, una estudiante, empujada por el coraje que encienden el dolor y la rabia, le hizo la pregunta aún inevitable en estos ámbitos del universo: Ante el desangre del país, usted, escritor, Premio Nacional de Novela, qué hace. Qué nos dice. Díganos algo. La muchacha mencionó la voladura con dinamita que había padecido un estudiante de la Universidad, «en compañía» de su esposa. Durante el relámpago, ni después, he podido recordar las palabras de Aguilera Garramuño en aquel momento. Re-

cuerdo el final; la exclamación. Lanzó un sonoro madrazo dirigido a todos aquellos que nos impiden los sueños y nos dan gratis las pesadillas. También recuerdo: Después, cuando Antonio Palomar nos llevaba hacia el centro de Neiva, Isaías reconoció el valor cívico-político-humano del gesto. Garra, sin esperar, dijo, qué va, un madrazo lo echa cualquiera.

No sé, oye. Pero quiero aprovechar para conocer y reconocer. Por eso tengo que ir a Cali. Se me están desvaneciendo ciertas imágenes. Verán. Tengo que aprovechar para tanquearme muy bien de colores, de los olores, de los sonidos de la tierra. Hay que hacerlo para poder vivir y para escribir. Sobre todo para escribir. Porque en Méjico vivo bien. Bueno. Hay escasez de dinero como en todas partes. Donde quiera que uno esté le toca trabajar. Pero, mirá. Tengo dos hijos mejicanos. Mi esposa es mejicana. Mi esposa es muy linda, ¿eh? ¿Tú tienes esposa? -¿Cuántos años? ¡Uf! ¿14 años!? ¿Tres hijos? Y cómo haces, ¿eh? Imagínate. Oye, si los artistas, nosotros los escritores, no nos podemos casar porque, fíjate, podemos arriesgar a la familia porque uno... No, pues fíjate, yo mismo no lo sé. Y con tanta mujer que había tenido antes. Un día, hoy se me apareció la virgen (¿o por fin una virgen?), nos conocimos y al otro día ya estábamos casados. Figúrate, oye, qué loco. Así fue. Ella ahora, tiene 21 y el hijo mayor 6 años. Ella es la que me busca los concursos. En tal parte hay uno. Dice, oye, aquí

está mi máquina de coser; aquí está mi videgrabadora; aquí... Todo lo que le he dado ha sido con el dinero de los premios. Todo lo que soy y he tenido, los trabajos, las becas, los viajes, me lo ha dado la literatura. Y pienso que después de los 40 ya no tenga que trabajar en nada distinto de la literatura. Y lo voy a lograr, ¿eh? Fíjate, estoy aquí hablando contigo gracias a que gané, con *Los placeres perdidos*, la Primera Bienal Nacional de Novela José Eustasio Rivera. Ahora le voy a llevar un diamantico. Oye, ¿en cuánto se conseguirá un diamante así, que no cueste mucho dinero? Eso, fíjate. No es un diamante. Una esmeralda. ¿Cuánto puede costar una esmeralda pero bien linda que no cueste mucho dinero?

Acababa de conocerlo después de la charla en la Universidad Central el martes 10 de octubre y apenas me dejaba responderle sus inquietudes sobre mi familia mientras Isaías sacaba el carro del parqueadero. Yo, rumbo al hotel, al lado de ese hombre corpulento doblado entre un campero, meditaba en la gente que había escuchado a Garra hablar de él mismo sin detenerse un momento durante tres horas seguidas. ¿Qué pensaría la gente? Porque la gente no siempre es bien pensada. Menos en un país donde la carencia de autoaprecio corre igual con la abundancia de mezquindad. Yo mismo, como asistente a la charla, no me pude responder. Garramuño, tal vez por la incomodidad, hizo una asociación genérica.

Yo tengo un coche, ¿eh? Lo único que le funciona es el motor y las llantas. El resto es un desastre. Se le está cayendo todo. Está como el carro de Los Picapiedra. El Alimaña.

Marco Tulio, Alimaña aparece en *Mujeres amadas*. Oyéndote hablar hace un rato, no tanto de literatura como de tu vida, y conociendo tu obra, resulta que no sólo aparece el nombre de tu coche, sino que, particularmente las novelas están avasalladas con episodios de tu vida. Al escucharte, no podía distinguir entre la ficción y tus vivencias. Entre las historias de tus

novelas y la historia de tu vida. La tuya es una obra de ficción protagonizada por el autor. Entre nosotros ya lo hizo Rivera. Primero vivió la novela y después la escribió. Y la vivió con la certeza de que allí estaba, 'simultáneamente', escribiendo una obra importante. Sólo que en *La vorágine*, cuanto hay de lírica, no se sobrepone a la grandiosidad épica de la acción; de la visión exterior. Pero hoy, la domesticación general, la «jaula de hierro» en la que al decir de Weber se convirtió la sociedad, ha desplazado la épica a los escenarios deportivos. La obra tuya no considera, casi se puede decir que desprecia, la mirada realista, social. Interesa mucho cuanto acontece en el interior de los personajes y cuanto genera y dinamiza sus motivaciones psicológicas. Y no es que no aparezca inclusive la denuncia. Pero los elementos económicos, históricos, sociales están supeditados a un motivo psicológico individual. Yo no sé cómo llamar a los escritores que no pueden escribir sino sobre aquello que constituye su propia experiencia. A Diógenes lo llamaron cínico porque no fue capaz del ocultamiento de sí mismo. Una primera persona que aparece en todas tus obras no es que mimetice al autor como acostumbra decirse en estos casos, sino que lo evidencia. Y lo hace con una sinceridad -otros preferirán la palabra cinismo- que da rabia. Termina pareciéndose a la prepotencia y a la desvergüenza, al decir de cierto pensamiento 'bien educado'. En tu obra, esa primera persona no está enmascarada con el relator que ha hallado el manuscrito, por mencionar un caso. No. Se asume altaneramente en forma directa. Al mostrarse, desafía al lector con su impudicia. A esta manifestación final se llega abiertamente en tus dos últimas novelas. *El juego de las seducciones* y *Los placeres perdidos*. Pero había arrancado en forma bastante tímida, tradicional; una primera persona que cuenta pero se esconde -está en la cárcel-, y habla sobre todo de los otros; no de él. Me refiero a Mateo Albán, el narrador de *Breve historia de todas las*

cosas. Ese narrador se va fortaleciendo en la pérdida de lo que algunos llamarían el pudor en *Paraísos hostiles* y *Cuentos para después de hacer el amor*. Noto que el cambio de ese narrador, camina parejo con una tendencia comercialmente llamativa y engañosa de los nombres de las obras.

Garramuño y la literatura colombiana

Fíjate. La literatura colombiana es seria. Muy seria. Presenta cantidad de problemas. Está saturada de problemas. No en su elaboración que es pulcra sino en la realidad que relata. Y mira las cosas más bien pesimistamente. Hay ahí mucho sentido de tragedia, ¿no? Mi obra es distinta. Utiliza mucho la imaginación y el juego, sin que exista el rompimiento de la realidad que hay en un Cortázar o en un Gabo. En mi obra nunca sucede algo extraordinario. Todo es ordinario en el sentido en que los acontecimientos ocurren en la realidad natural. No se presenta la intromisión de hechos mágicos. Todo ocurre en la realidad cotidiana y las leyes de existencia de esa realidad, en mi obra, no son violentadas por nada extraordinario. No hay ningún conejo saliendo de las orejas de nadie. Alguna vez, en algún momento de mi vida, no sé cuándo, voy a escribir una novela de invención. Una obra en donde no se involucre para nada, en absoluto, ningún episodio vivido por mí. Yo sé que así va a suceder. Una obra de invención. Estoy seguro.

Miro en Garramuño a uno de aquellos personajes, grandes y seguros, a quienes ya no les interesan las preguntas. Hablan de lo que les da la gana. Imponen la carga, 'el discurso', de su grandeza. Momentáneamente me arrasa un huracán de molestia, de fastidio, hasta de repugnancia. Me desconcierta tanta certeza unida de manera tan contundente a las alturas. Claro que ese no es problema de Garra, me digo, para aliviarme. El problema es mío. No he sabido ser grande. ¿Cómo se aprende, cómo se sabe ser grande? No lo sé. Garra, la obra de

los escritores nacidos del 50 hacia acá, entre quienes te incluyo, es bien distinta de la obra de los escritores nacidos con anterioridad. La denuncia socio-política y la ira ya no cuentan. No van. Las escenas 'naturalistas', como tú dices en alguna parte de *El juego de las seducciones* para calificar, rechazando esta forma literaria, un episodio donde los indios, en Sidón, escuchan el alegato entre don Salustio y el dueño del pueblo sobre problemas económicos y sociales, son desterradas. La obra tiende a profundizar en el corazón; en el desvelamiento de sus tinieblas. Pero en esta novela, el juego no es fundamental como ocurre en tus obras anteriores. Acá se pasea con bastante desenfado el escepticismo. Y se sabe que de éste al cinismo no existe distancia alguna. Sólo falta el despojamiento del silencio. Sólo falta la palabra. Tú juegas mucho y aún no sé lo que signifique el juego para ti. Propongo: un sarampión. Una forma de complacencia, de ganar lectores por la vía del no agobio. Una posición vital de enfrentamiento con la seriedad a la que antes te referías. Una manera de enmascarar el miedo a enfrentarte contigo mismo. Con las cosas graves de la vida. En algunas dos ocasiones te he oído decir, bueno, se acabó el relajito; ya no más relajo. En *El juego de las seducciones* se acaba el juego. Te vuelves adusto. Serio. Casi pesado. Definitivamente la reflexión no es asunto de güipás. Parece que por fin te cayó la adultés y corriste el miedo de ti. El miedo a escribir cosas duras y el miedo a no ser aceptado. En esta novela hay un intento muy serio de comprender una vida; un trayecto de existencia. No están el desparpajo, el cinismo, la voluntad juveniles de enfrentar, desafiar y transgredir toda forma de normatividad establecida por la sociedad. Además, mantienes los procedimientos narrativos que venías utilizando desde tus primeros cuentos, tal vez con la excepción de *Clemencia ojos de cierva* que, para mí, es lo más tradicional que has publicado. Tengo la impresión de que en esta novela llegas al reconoci-

miento doloroso del fracaso en la consecución de los ideales tras los que marchabas tan confiado y tan alegre en tus obras anteriores. Hacer del amor algo más que un intercambio de secreciones y hacer de la vida una verdadera obra de arte. Alejandro hace un descubrimiento simple pero amargo: no somos ángeles sino seres humanos. Tiene que convivir con los antivalores –para él– de la sociedad que ha rechazado siempre. Mira que el protagonista de *Los placeres perdidos* es un adolescente que vive al margen, al frente, de la sociedad y transgrede todos los valores y aunque en algún momento se entera de la necesidad de trabajar para vivir, continúa siendo otro; el distinto. No se integra aunque ‘trabaje’ en aquella granjita cultivando yerbas (según lo delata la carta final que, me parece, fue ocurrencia tuya de última hora porque viste que la novela te estaba quedando coja; sin solución. Entonces, se te atravesó, como otra virgen, el final de *El amante de Lady Chatterley*. Y el final de *¡Que viva la música!* Y el de....) Bueno, ese reconocimiento por parte de Alejandro, esos múltiples golpes, es lo que lo enferma. Lo rompe por dentro y lo mantiene un año encerrado en una pieza en San Isidro de El General. Sin embargo, son pocos los personajes en la literatura colombiana con una fortaleza interior y una autoafirmación tan poderosas. Es también desconcertante por el optimismo que es capaz de otorgarse al autoconstruirse como un ser superior. Alejandro vence todo. Se vence él mismo en la medida en que se va haciendo y siendo otro. Aunque, finalmente, ángel vencido, acepte al mundo. Lo que no salda su desacomodamiento en él.

Ya te decía. Se acabó. No más relajito. Yo tengo 40 años, ¿eh? El problema es el dinero, oye. Pero no importa. ¿Cuántos libros crees que pueda vender de *Los placeres perdidos*, así, en las charlas, antes de irme? ¿100? ¿200? \$200.000. \$400.000. Tengo que juntar algún dinero. Si no... Oye, Alejandro me costó 19 años de estudio. Los 24 volúmenes de la obra de Freud... ni

te cuento. ¡Y me ha servido! Mira, en Kansas, yo estudiaba y trabajaba. Un día me quedé acostado. No fui a dictar las clases. Tenía que resolver algo urgente sobre una novela. Así que me quedé en lo del ocio creativo; pensando. Aún no había empezado a pensar, cuando llegó la secretaria y el asunto se convirtió en caso de Estado Universitario. Logré salir triunfador en ese consejo verbal inmediato al que me sometieron. Me fui donde el médico y le he pintado un cuadro esquizoide que ni te imaginas. Él se preocupó muchísimo. Respecto a las enfermedades los gringos también son muy serios. Así que me dio incapacidad. Al otro día volví a quedarme acostado. Pensando.

Insistencia en el padre

Sin escuchar el agua del Magdalena, sin escuchar la luz de las estrellas que debían estar en alguna parte del universo, le dije, qué hay entre *El perseguidor* y *Quién le teme a Sammy McCoy*. Entre la denominación que de Dios hace el protagonista de *Los placeres perdidos* y la que hace el científico de *Los sótanos del Vaticano*. Entre los *frenápteros* y *frenolitos* tuyos y los *sutiles* y *crustáceos* de Gide, y los *cronopios* y *famas* de Cortázar. Entre Alejandro y el Bernardo de *Los monederos falsos* que sólo en lo extraordinario es donde se siente más natural. Pero a Garra no le interesan las preguntas. Ya le había hecho insinuaciones acerca de contactos. Garra queda indiferente. Creo que esto le molesta. No sé si por manido, por tonto, por inútil. O porque lo toca. No se siente suficientemente liberado e individual. Porque su obra tiene acaso tantos referentes librescos –literarios y filosóficos– como vitales. Garra no calla. Habla. Y empieza con otra forma personal que me desconcierta. Recuerdo el «te» y el «hombre» del maestro Mejía Vallejo. Garramuño y yo estamos solos con la noche inmensa boca abajo.

Les cuento. Ese cuento de Sammy... Yo dije, voy a escribir el cuento tal como lo hace Sammy. Borracho. O bebiendo. Me senté con media de

tequila. Escriba y beba. Cuando había bebido la mitad, estaba totalmente borracho. Pero, fíjate, lúcido. Escribí y escribí. Fui a ponerme de pie y me caí. Y miren lo que me acontece. El escritorio, el piso, la pieza, todo, se me ha duplicado. No era que mirara doble. Era que las cosas se habían duplicado. Fui gateando a la cocina porque sentí hambre. Pues me encontré con dos estufas igualitas. Qué extraño, ¿eh?

Por mi cabeza da vueltas la palabra curación. Garra en aquel año de encierro, no se curó. No se ha curado, suena una voz dentro de mí. Alejandro no es que se mire doble. Se duplica; se parte en dos seres. Inclusive en el Tres, uno de los capítulos más duros de *El juego de las seducciones*, se desintegran las partes de su organismo. Pero yo continúo con mi insistencia morbosa. ¿Qué hay de Miller y...? Garra seguramente me mira con unos ojos que no puedo descifrar y, con un aplomo muy superior, suelta una respuesta rastrera.

A mí me incomodaría que alguien dijera, Marco Tulio Aguilera Garramuño tiene influencia de un pornógrafo caleño que se llama Hernán Hoyos. En absoluto me molesta que me digan cortazariano, garciamarquiano, rulfiano, gideano, millereano, joyceano... En mis obras las referencias son claras. Además, el mundo que yo he vivido, es el mundo de la literatura. Ellos son los genios. Son los más grandes. Las cumbres que hay que escalar y

sentárseles encima. Así salió ese cuento de Sammy McCoy. Qué te parece, ¿eh?

Yo siento un peso que está por doblarme sobre la dureza sucia del puente. Siento que no puedo comprender muchas cosas. Que es incorrecto, imposible, hacer una entrevista, un reportaje, una nota sobre alguien si uno no puede comprender muchas cosas. En fin. Miro hacia abajo con la pretensión de que desde allí, desde la dimensión del agua, suba hasta mí algún rumor, algún aliento que me conceda paz. ¿Vamos?, le digo. Y la voz muy mejicana, me dice, vamos. Cuando llegamos a la casa donde vive Luis Ernesto Laso, ya Benhur Sánchez Suárez, Isaías, Marco Tulio Polo y José Luis Garcés G. están limpiándose los dientes y esperan la aparición de otra botella de Doble Anís. Por el Magdalena no bajaba agua sino aguardiente, fue el comentario de Garra días después. Dos tamales humearon en los platos. ¿Qué, cómo harán las señoras del Tolima Grande, o la venerable tradición o los Santos Duendes o Quien Sea para dotar a los tamales de ese aroma, de ese sabor incalculable que tienen los tamales? Yo he visto amasijos de dos carnes, zanahoria, huevo, arveja, condimentos y masa muy fina de maíz en una hoja de plátano y he probado infamia. Pero aquellos eran *tamales*. Mi boca y su memoria de sabores bien lo saben. Por esta vez, supuse, no habría otro plato para Garramuño. **BU**